

El analista vio allí la oportunidad de recuperar su posición optando por rechazar ser "el evaluador que reduce a alguien a una cifra a elegir entre 0 y 9". ¡Para nada estaba en su espíritu colaborar con el aumento de la tasa de suicidios de los telefónicos!

Terminada la prestación se suscita el siguiente diálogo:

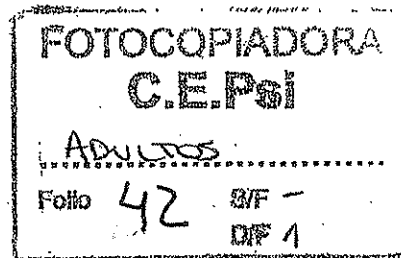
Empleado: "¿Alguna pregunta más?"

Analista: "Ninguna, todo ha estado bien."

Ciertamente se sentía conforme, también con su discreto accionar, que evitó convertir a aquel pobre muchacho en una cifra.

Empleado: "Entonces lo invito a participar de una evaluación sobre mi desempeño." Sorpresa. ¡La supuesta "víctima" buscaba ser calificada! El analista ya no supo si estaba ante el empleado o la máquina misma.

Es así. En el orden simbólico del siglo XXI, aunque conversen amablemente, hay personas que no son tales, son objetos. E indudablemente, para devolverles su dignidad de sujetos (y no perder ambos pies en el intento), hace falta algo más que un acto anónimo.



## Duelo | El duelo y el nuevo objeto

Romildo do Rêgo Barros

Freud afirma en "Duelo y melancolía" que "el afecto normal del duelo" ayudará a "echar luz sobre la naturaleza de la melancolía".<sup>1</sup> Su objetivo final, por lo tanto, es entender la melancolía; o sea, saber qué hace que un sujeto deslice su pasión por la pérdida de un objeto hacia su propia indignidad.<sup>2</sup> Si Freud afirma que la diferencia más importante entre los dos está en la disminución de la auto-estima<sup>3</sup> -propia del melancólico y ausente en el sujeto del duelo- es para señalar, sin duda, esta torsión.

Hay un verso de Alphonse de Lamartine que expresa bien la problemática del duelo. No se refiere a la elaboración que aún deberá hacerse; simplemente nos presenta la pérdida como cuestión: "¡Un solo ser nos falta y todo está despoblado!"

El verso retrata un momento anterior al trabajo del duelo. Habla de la pérdida de un objeto sobre el que podría decirse "él era todo para mí", y cuya desaparición parece haber apagado la luz que emanaba de las cosas. ¿Y ahora? La pregunta se dirige a ese *un*, que podría ser cualquiera. Tal vez sea a este tiempo al que se refiere Lacan cuando comenta el acto de Laertes de saltar a la tumba de Ofelia: el objeto-Ofelia "alcanza una existencia absoluta, en la medida en que ya no corresponde a nada más".<sup>4</sup>

Roland Barthes, para quien la pérdida de la madre parece haber precipitado de alguna manera su destino, escribió: "Lo que perdí no es una figura (la Madre) sino un ser, y no un ser sino una cualidad (el alma): no la indispensable sino la insustituible".<sup>5</sup>

<sup>1</sup> Freud, S.: "Duelo y melancolía", en *Obras Completas*, t. XIV, Amorrortu, Bs. As., 1979, pág. 243.

<sup>2</sup> En *La erótica del tiempo* Jacques-Alain Miller afirma: "...el melancólico vive después del juicio final, en el que evidentemente fue condenado y hace la experiencia de sí mismo como puro desecho", Tres Haches, Bs. As., 2001, pág. 33.

<sup>3</sup> Freud, S.: "Duelo y melancolía", en *Obras Completas*, t. XIV, op. cit., pág. 244.

<sup>4</sup> Lacan, J.: *Shakespeare Duras Wedekind Joyce*, E. Assírio & Alvim, Lisboa, 1989, pág. 99. Clase del 22 de abril de 1959 de *El deseo y su interpretación*. Inédito.

<sup>5</sup> Barthes, R.: *Incidentes*, Martins Fontes, São Paulo, 2004, pág. 113. cit. em Fontanari, R.: "Roland Barthes, a dor do luto", em *Revista Criação e Crítica*, São Paulo, nº 5, p. 115-118, outubro de 2010. Disponible en [http://www.fhch.usp.br/dlm/criacaoecritica/dmdocuments/08cc\\_N5\\_rfonatanari.pdf](http://www.fhch.usp.br/dlm/criacaoecritica/dmdocuments/08cc_N5_rfonatanari.pdf).

Freud nos mostró la alternativa: o el sujeto se impone un trabajo de elaboración, o se eterniza mediante la identificación al objeto perdido. O bien, más aún, mantendrá el mundo de antes de la pérdida por la vía de una alucinación. La frontera entre estas respuestas diferentes será el consentimiento –o no– con la pérdida.

En el trabajo del duelo freudiano el sujeto atraviesa un camino en dos etapas: una paulatina reducción del objeto perdido hacia el común de los objetos y, luego, la elección de otro, que pasa a tener la misma investidura. Parece que es éste el sentido del verbo *sustituir*, que Freud utiliza a lo largo de “Duelo y melancolía”. Se trata de un trabajo que lleva un tiempo para concluirse y exige un gran gasto de energía. Pero –concluye Freud– a nadie se le ocurre considerar enfermo al que transita el duelo.

Por lo contrario, se dice siempre: *es una cuestión de tiempo, ya va a pasar*. Lacan describe esta operación de manera concisa: “El duelo consiste en autenticar la pérdida real, pieza a pieza, pedazo a pedazo, signo a signo, elemento I mayúscula a elemento I mayúscula, hasta agotarlos. Cuando esto está hecho, se acabó”.<sup>6</sup>

Conocemos la crítica –en cierto modo justa– que se le hace a la explicación freudiana: al contrario de lo que parece decirnos Freud, no resulta fácil concebir la sustitución del objeto perdido por otro que encaje en la falta del primero, a pesar de que el trabajo del duelo apunta a particularizar un objeto y con eso rehacer su unidad. Sería más simple pensar que el trabajo del duelo procura transformar en un vacío aquello que, para el sujeto, surgió como un agujero en lo real, lo que le hará posible retomar las equivalencias eróticas entre los objetos del mundo. Al contrario de lo que ocurre por la fuerza de la *Verwerfung*, cuando “lo que es rechazado de lo simbólico retorna en lo real” –como nos enseña Lacan– “...el agujero de la pérdida en lo real movilliza el significante”.<sup>7</sup>

Formulemos una hipótesis: si Freud nos enseña que en el horizonte del duelo está el desplazamiento del valor fálico del objeto perdido hacia un sustituto, en la enseñanza de Lacan, en ese mismo horizonte, se produce el surgimiento del deseo del analista, que implica la existencia de un duelo propio del acto analítico.<sup>8</sup>

El trabajo del duelo puede entonces compararse con una ascesis: el sujeto –y no solamente el objeto– sale transformado de allí. No se trata solamente de

<sup>6</sup> Lacan, J.: *El Seminario, Libro 8, La transferencia*, Paidós, Bs. As., 2003, pág. 438.

<sup>7</sup> Lacan, J.: *Shakespeare Duras Wedekind Joyce*, op. cit., p. 99.

<sup>8</sup> Lacan, J.: *El Seminario, Libro 8, La transferencia*, op. cit., pág. 440: “El amor solo puede rodear esta isla, el campo del ser. Y el analista, por su parte, solo puede pensar que cualquier objeto puede rellenarlo (...) No hay objeto que valga más que otro –éste es el duelo a cuyo alrededor se centra el deseo del analista”. Quedaría por saber –pero esto va más allá de los objetivos de este texto– en qué medida el duelo del acto analítico podría entenderse como paradigma de un duelo nuevo, correlato de un cambio en el estatuto del amor, en la dirección de un nuevo amor, que tendría una nueva relación con el goce, según afirmó Eric Laurent en <http://www.youtube.com/watch?v=15ByNk97oZA>.

quitarle las insignias al objeto perdido para confiarlas enseguida a otro, sino que se impone un trabajo de interpretación del propio duelo y de la experiencia subjetiva de la pérdida. El trabajo del duelo transforma el estatuto de la pérdida.

Terminado el trabajo del duelo, el objeto freudiano es heredero del objeto perdido, mientras que el objeto lacaniano es lo que restó del eclipse del brillo fálico; es en este sentido que se trata de un objeto nuevo y no de una metáfora del que se fue. Si para Freud es objeto de investidura, para Lacan será causa de deseo, que se produce por un cambio de registro y no como simple sucesión.

¿Cómo pensar este real que acompaña al trabajo del duelo como una sombra?

En la experiencia de análisis relatada en su enseñanza de AE, Silvia Salman se confrontó con un objeto –representado por su analista– que parece corresponder a ese real: ella le dio el nombre de *objeto extraño*, oportuna denominación que se incluye en la categoría freudiana de lo *Unheimlich*. Es un objeto que no surge de la acumulación progresiva de experiencias, sino de repente –como le ocurrió a Freud al irrumpir, en el camarote de tren en el que estaba, un señor que, una fracción de segundo después, Freud reconocería que era él mismo, en la imagen devuelta por un espejo.<sup>9</sup>

En el relato de Silvia Salman, el analista –gracias a una vacilación calculada de su neutralidad–,<sup>10</sup> permite que la analizante responda a la pregunta que impone cualquier pérdida, inaugurando con ello un nuevo tiempo: *¿y ahora?*

Silvia Salman formula la cuestión a la manera de los capítulos de las novelas antiguas: “De cómo la interpretación del analista consigue inyectar la dimensión de lo extraño, dimensión que se encontraba desde el inicio aunque encubierta por el amor, y que como reverso del amor introduce la diferencia con lo que era lo más familiar. Así posibilita la buena manera de desprenderse de la transferencia”.<sup>11</sup>

Se trata de un trabajo de duelo que va desde el amor a su “envés” –según la expresión de Jacques-Alain Miller– desde donde surge un nuevo objeto, como extracción y como revelación. Extracción de un objeto que “se encontraba desde el inicio” pero el sujeto no lo sabía; y revelación de algo inédito: el acceso del sujeto al deseo del analista, que le permitirá ocupar el lugar de objeto para algún otro.

TRADUCCIÓN: MARÍA CECILIA GASBARRO

<sup>9</sup> Freud, S.: “Lo siniestro”, en *Obras Completas*, t. XVII, op. cit., pág. 247.

<sup>10</sup> Lacan, J.: “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano” en *Escritos 2, Siglo Veintiuno ed.*, 1987, pág. 804.

<sup>11</sup> Salman, S.: “Lo que resta de la transferencia al final del análisis”, en *Consecuencias, Revista digital de arte, psicoanálisis y pensamiento*, N° 2, 2008, <http://www.revconsecuencias.com.ar/ediciones/002/template.asp?arts/derivaciones/salman.html>.